

Los aromas líricos del azafrán

Francisco Lázaro Polo

1. Introducción

Varios han sido los estudiosos y expertos que, en sus obras, han hablado del azafrán; de las características botánicas de la planta, de los orígenes, de su difusión y de su producción en España. Varios han sido los estudios que han tratado sobre el cultivo, la comercialización y la industrialización de la planta. También hay investigaciones de etnología y lingüística por los que desfilan costumbres, bailes, vocablos “azafraneros” o tipos populares, como las célebres “esbrinadoras”. Podemos encontrarnos también con estudiosos e investigadores –oriundos de la Comarca del Jiloca– que han hablado y escrito del azafrán, además desde la autoridad que les confiere su propia formación académica, desde la experiencia personal, no en vano lo han vivido en propia carne. Y es que el azafrán, además de su entidad botánica, posee otras muchas dimensiones, ya que es esfuerzo, sacrificio, dolor físico, esclavitud; aunque también es cultura y forma o modelo de vida y, como veremos más adelante, poesía y arte.

Pero si es cierto, como acabamos de señalar, que existen estudios sobre diversos aspectos del azafrán, también tenemos que reconocer que reina una absoluta ausencia investigadora en lo que atañe a otras parcelas que puedan ofrecer nuevas perspectivas que vinculen al producto en cuestión con nuevos saberes y novedosas disciplinas. Al menos no existen estudios sistemáticos y de conjunto; ni siquiera meras



reflexiones que relacionen el azafrán con cualquier arte, como puede ser, por ejemplo, el de la literatura; y, más concretamente, con uno de los géneros incluidos en esta, como es el lírico; casi sinónimo este último de la poesía, sin olvidar que existe también una prosa lírica. Precisamente, es la carencia que acabamos de señalar el motivo que nos ha inducido a que lo que vamos a escribir a continuación trate de esto, de las relaciones entre el azafrán y la poesía; unas relaciones que no son tan raras como, a primera vista, pudiera parecer, sino todo lo contrario, muy estrechas y frecuentes.

No pretendemos, en modo alguno, en las reflexiones que vienen a continuación, agotar el tema en cuestión. Ni mucho menos. Misión, por otra parte, a todas luces, imposible, dado que la rosa del azafrán continuará de fijo, en los tiempos venideros, además de cultivándose, como motivo poético, mezclándose con sentimientos, sobre todo con el más sublime de todos, que no es otro que el amor. Porque no cabe duda de que la rosa del azafrán es una imagen primordial, eternamente instalada en el imaginario de los poetas. Demos, pues, un paso adelante y adentrémonos en el tema que nos hemos propuesto. Y que no es otro que el de disertar sobre una flor que, hoy más que nunca por estar en vía de extinción en el valle del Jiloca, donde su cultivo fue, en un tiempo no tan lejano, vital para la economía, invita a la nostalgia y a la poesía, como de ello ofrecerán testimonio los artistas que van a desfilar a lo largo de este trabajo.

Hincamos, pues, el diente a un tema que desprende sensualidad, mucha sinestesia en cuanto que concita sabores, aromas, visiones, tactos y gustos que extasían y arroban el espíritu. Y lo hacemos contando el origen de esta planta; por supuesto el mítico, pues todos sabemos que las cosas, además de un origen racional y científico, tienen un origen mítico que, curiosamente, la mayoría de las veces, cautiva más que el primero.

2. De aromas paganos y religiosos

La rosa del azafrán tiene su origen en un bulbo o cebolla que se planta en torno a los días de San Juan o de San Pedro, o en septiembre. Se recolecta en otoño; no en vano hay un dicho que reza que “Para Santa Teresa”, que es el día quince de octubre “rosa en la mesa”. Pero, como ya señalamos, el azafrán tiene también un origen mítico, con aroma pagano y legendario. Porque lo cierto es que, según nos cuenta el poeta latino Ovidio en sus *Metamorfosis*, antes de que la rosa del azafrán fuera simplemente eso, rosa, había sido un joven hermoso llamado Croco. Lo cual, llegados a este punto, no está de más recordar que “*Crocus sativus*” es el nombre científico del azafrán.

El joven Croco vivía en Cilicia, región situada al sur de Turquía. Y estaba locamente enamorado de una ninfa, de nombre Esmílace, que le correspondía con la misma diligencia. Pero el taimado Hermes, el dios cartero de los dioses, no estaba dispues-

to a permitir esta relación. Porque también él estaba enamorado de la náyade. Embargado por los celos, el dios juró venganza, consumándola en el mismo instante en que se enteró de que Croco y Esmílace habían dado rienda suelta a su irrefrenable pasión. Hermes derriñó a los amantes. Convirtió a la muchacha en planta enredadera; y a Croco, en la flor del azafrán. De ahí el nombre científico de la planta, como dijimos, “*Crocus sativus*”.

Además del nombre de la planta, la historia, que acabamos de contar, explica en parte por qué el azafrán que se criaba en Sicilia, en torno al monte Corycio, era, en la Antigüedad, el más apreciado. Otra versión del mito narrado acentúa la aureola poética del producto y matiza su contenido. Según ella, Hermes no solo transformaría a Croco en una flor, la del azafrán, sino que también lo asesinaría. De la sangre del joven nacería la rosa del azafrán. Pero sea como fuere, lo cierto es que, como acabamos de ver, la flor del azafrán se relaciona con el amor. También solía creerse —y así nos lo cuenta Alberto Serrano, en su *Guía Mágica de la Provincia de Teruel*— de que el azafrán estimulaba el deseo sexual; era considerado un afrodisíaco; además de tenerse como un infalible remedio para combatir la sífilis y acrecentar la producción de esperma en el hombre.

Con el amor, en el mundo romano, vincula el azafrán un poeta de renombre, natural de Bilibilis, actual Calatayud, llamado Marcial, un personaje que se consideraba a sí mismo oriundo de la Celtiberia, esa gran región de Hispania en la que estaría enclavada la Comarca del Jiloca, habitada por los silaos, grandes guerreros de los que el poeta habla en sus versos. Precisamente, en uno de sus célebres epigramas, este bilbilitano, que vivió casi toda su vida en Roma, sorbiendo los placeres de la fascinante metrópolis, aludirá al azafrán. Lo hace cuando compara la fragancia de los besos que al poeta propina su “*cruel efebo*”, Diadumeno, con la del perfume que exhala una manzana al morderla una hermosa joven; o con el que destila el pálido fuego del incienso oriental; pero, también, con el aroma de la brisa que viene de los “*azafranes de Córicos*”.

Unos siglos antes de que el azafrán lo mencione Marcial, encontramos el producto en versos del primer rapsoda conocido del mundo griego: Homero. Es en el canto I de ese monumento artístico que es la *Iliada*, epopeya que narra la guerra entre los aqueos y los troyanos, ocasionada por el rapto de la griega Helena por Paris, donde el poeta ciego, según reza la tradición, describe el amanecer, la Aurora, convertida en mujer por el vate y a la que denomina con la fórmula apelativa de “*hija de la mañana*”; “*de rosados dedos*”, “*vestida de azafrán*”, que se esparce por toda la faz de tierra.

En el texto de la *Iliada* hay otro momento en el que nos encontramos con el azafrán. Es en el canto XIV, cuando Homero narra el encuentro amoroso que tiene lugar



entre Zeus y Hera. El padre de los dioses, Zeus, arde en amores y, en su desbordada pasión, abraza a Hera. Esta siente miedo, ya que teme que puedan descubrirlos algún dios o humano. Sin embargo, eso es imposible que suceda porque, según rezan unos versos: *“La divina tierra produjo verde hierba, loto fresco, azafrán y jacinto espeso y tierno para levantarlos del suelo. Acostáronse allí y cubriéronse con una hermosa nube dorada que ni el Sol con su luz que es más penetrante que todas, podría atravesar para mirarnos”*.

Otro poeta, también de la Antigüedad, en este caso de la literatura latina, Virgilio, creador de la epopeya romana, con la Eneida, en parte continuación de la Iliada homérica, también se refiere al azafrán. Lo hace en el canto VI de la obra mencionada. A propósito de la Aurora, que, según el poeta *“brilla de azafrán”*. El mismo Virgilio, ahora en las *Geórgicas*, obra que trata del cuidado de los campos, de los rebaños y de la apicultura, habla de unos maravillosos jardines:

“...jardines que huelen a la flor del azafrán que pueden invitar a los enjambres de abejas que vuelan a la aventura y juegetean en el cielo”.

En el valioso tesoro de la literatura clásica, en el siglo IV antes de Cristo, nos encontramos con una mujer griega de exquisita sensibilidad. Su nombre es Safo y habita en una isla, Lesbos, donde enseña poesía y música a un grupo de mujeres jóvenes. Muchos son lo que aseguran que se amaban entre ellas. Eso hizo que la homosexualidad femenina se denominara “safismo”, que viene de Safo, o “lesbianismo”, que proviene de la isla de Lesbos. Platón se refería a esta mujer como la “décima musa”. En una de sus poemas, precisamente de contenido lésbico, se alude al azafrán. Trata de una despedida entre dos mujeres:



“... “Amada Safo, negra suerte la mía. De verdad que me da mucha pena tener que dejarte”. Y yo le respondí: “Vete tranquila. Procura no olvidarte de mí. Porque bien sabes que yo siempre estaré a tu lado. Y si no, quiero recordarte lo que tú olvidas: ¡cuántas horas felices hemos pasado juntas! ¡Han sido muchas las coronas de violeta, de rosas, de flor de azafrán y de ramos de eneldo que junto a mí te ceñiste! ¡Han sido muchos los collares que colgaste de tu delicado cuello, tejidos de flores fragantes por nuestras manos! ...”.

Pero no solo encontramos el azafrán en textos del mundo pagano grecorromano, también es posible encontrarlo en la Biblia. Uno de los libros de esta obra monumental es el Cantar de los Cantares, un libro poético, atribuido a Salomón. Se trata de una hermosa composición cuya tema principal es el amor. El Cantar de los Cantares será imitado por la poesía de ascetas y místicos españoles: fray Luis de León y el que es, sin duda, uno de los grandes poetas de amor de la literatura universal, san Juan de la Cruz, autor del Cántico Espiritual. Es en el canto cuarto de este bello poema de Salomón en el que volvemos a toparnos con el azafrán. Porque hay un momento, en la apasionada y arrebatadora historia de amor que se desarrolla entre la esposa y el esposo, en el que este último se dirige a la primera y la piropea de este modo:

“De nardos y azafrán, de canela y cinamomo, de todos los árboles aromáticos, de mirra y de áloe, y de todos los más selectos balsámicos, eres fuente de jardín, pozo de aguas vivas, que fluyen del Líbano”.

Pasados los siglos, ya en el XIV, en la España medieval, hallamos uno de esos poetas raros, un “maldito”, cuyo nombre forma parte del numeroso ejército dedicado al

cultivo de la lírica de cancioneros. Se llama Garci Fernández de Jerena; y su vida es de auténtica leyenda. De él cuentan que, por amor a una mora, juglaresa de profesión, renegó de su religión cristiana, y se sumió en una vida desordenada en tierra de moros. Pasaron los años y el renegado se arrepintió de sus pecados. Regresó a Castilla y se convirtió en ermitaño. Pero cuando esto ocurrió, este ya era viejo, cano y calvo; y su rostro estaba lleno de arrugas y su cuerpo de emplastes de azafrán, “bizmas de socrocio”, según asegura el erudito Pedro Sainz de Robles. En el ocaso de la Edad Media, una de las muchas actividades que realizaba Celestina, la alcahueta y hechicera creada por Fernando de Rojas, según cuenta uno de los principales personajes de la obra, el criado Pármeno, era la de “*pintar letras con azafrán o con bermeillon en las palmas de sus clientes*”, una práctica que, unida a otras mágicas como las de darles, también a su clientes, corazones fabricados de cera y llenos de agujas quebradas, servía para estorbar amores o para deshacerse de los enemigos mediante una enfermedad o por medio de la muerte.

No cabe duda de que el azafrán ha tenido una dimensión mágica, característica estrechamente vinculada a la poesía. Porque, además de lo dicho, abundando más en su dimensión mágica, no hay que olvidar que, regido por el Sol y por el Fuego, el azafrán era utilizado por los incas para atraer el viento. Y aún hoy, muchas brujas suelen usar el producto en los hechizos curativos y en los de amor. Se dice que una infusión de azafrán, preparada y bebida cuando la luna está llena y en el signo astrológico de Piscis, provoca premoniciones. En la Edad Media, las brujas lo utilizaban, mezclado con belladona, para elaborar pomadas con finalidades estéticas o curativas.

3. Aroma moderno

Pero es, sobre todo, en la literatura contemporánea donde más abundan los aromas poéticos del azafrán. *La rosa del azafrán* adquiere fama y renombre cuando se convierte en zarzuela, con música de Jacinto Guerrero y letra de Federico Romero y Guillermo Fernández Shaw. Se trata de una zarzuela que fue estrenada en 1930 y que, medio siglo después, el cineasta y director escénico, Jaime Chavarri actualizará. Está considerada como una de las mejores zarzuelas de todos los tiempos. De nuevo encontramos el azafrán, el oro rojo, vinculado al amor, ya que se trata de una pieza dramática que cuenta la historia de un amor imposible entre Sagrario, una millonaria solterona, y un jornalero que trabaja en sus tierras. Aunque los sentimientos entre ambos son sinceros, las diferencias de estatus social, en el seno de un contexto cerrado y rural, son tan acusadas que fuerzan la ruptura de la relación. La acción se desarrolla en un lugar de La Mancha, región famosa, como la Comarca del Jiloca, entre otras cosas, por el cultivo del azafrán; y se sitúa en el siglo XIX. En un momento determinado de este drama de costumbres manchegas, ya de día y en el

patio de la casa de Sagrario, las mozas, presididas por el ama, mondan la rosa, “esbri-
nan”. Y todos, mozos y mozas, cantan la jota del azafrán, cuya letra dice así:

*De mondar mucha rosa
yo no me alabo,
porque no tengo novio
que tire el clavo.*

*La rosa del azafrán
es como la maravilla,
que un día la ve nacer
y la mata el nuevo día.*

*Me casé con un sastre
por no estar mala,
y el aire de la aguja
me resfriaba.*

*Aroma de tomillo de abril
se escapa de tus labios en flor.
Por Dios, no te me arrimes, galán
no vaya a marearte el olor.*

*Si no me quieres cerca, ¿por qué
me miras con tus ojos de imán?
Pues pídele al alcalde un cartel
que diga: " Se prohíbe mirar".*

*La rosa del azafrán
es una flor arrogante
que brota al salir el sol
y muere al caer la tarde.*

*Tan frágil es el amor
como esta flor peregrina.
se quiere al atardecer
y a media noche se olvida.*

*No quieras olvidarme después
que tengo ya encargao el ajuar.
Tendiendo ya el ajuar encargao
alguna se lo puede encontrar.*

*Si alguna se lo encuentra también
te digo que le puede pesar.
Con esas indirectas pa mí
que no voy otro novio a encontrar.*

*La rosa del azafrán
vestida está de morado
y tiene el tallo pajizo
y el corazón encarnado.*



El azafrán es también miembro importante de lo que podíamos denominar “flora modernista”. El Modernismo es un movimiento artístico bastante dado a poetizar especies botánicas. Como las ninfeas, que nadan en el agua como las ninfas, o como los nenúfares o los nelumbos, que poseen hebras como la rosa del azafrán. Esta flora abunda en poemas de Rubén Darío o de Juan Ramón Jiménez, pero también de otros artistas, como Salvador Rueda, en cuya obra poética el azafrán, cual rosa valiosa, elegante y de prestigio, ocupa un lugar destacado en la sensual escenografía de una bacanal recogida en el siguiente soneto:

*Mujeres con figura de victoria
siguen vestidas de lujosas galas,
y abren en sus omóplatos las alas,
símbolo de su triunfo y de su gloria.*

*Vivas luces ardiendo a la memoria
del gran Dionisos brillan cual bengalas,
y de sus tonos tienden las escalas
sobre el festín de la romana escoria.*

*Un bello altar de perlas coronado,
que irradia como asiático tesoro,
va de frondosas pámpanas orlado.
Y en pos de cien niños a compás sonoro,
llevan como presente delicado
el azafrán en páteras de oro.*



No podía faltar en esta nómina de poetas florales modernistas el nombre de Antonio Machado, que, como los anteriores, en sus comienzos, también sorbió con avidez, el seductor veneno modernista, cuyos ecos aún resuenan en *Nuevas canciones*. Precisamente, será en uno de los poemas de este libro donde se vincula la belleza con el color del azafrán:

*“¿Quién puso, entre las rocas de ceniza,
para la miel del sueño,
esas retamas de oro
y esas azules flores del romero?
La sierra de violeta
y, en el poniente, el azafrán del cielo,*

*¿quién ha pintado? ¡El abejar, la ermita,
el tajo sobre el río, el sempiterno
rodar del agua entre las hondas peñas,
y el rubio verde de los campos nuevos,
y todo, hasta la tierra blanca y rosa
al pie de los almendros!”*

4. Aromas surrealistas

No solo en la Península, sino también en otras partes, dentro del ámbito cultural hispánico, en la literatura en castellano que se lleva a cabo al otro lado del Atlántico, en la poesía del continente americano, el aroma del azafrán está presente. Lo encontramos en un poema del que es, sin duda, el más grande de los poetas cubanos: Nicolás Guillén. Se titula: *Ofrenda Lírica de Cuba a la Unión Soviética*. Y en él, el poeta afrocubano canta al líder soviético Stalin, estadista al que admira, porque protege a todos los hombres libres de todas las razas; incluidos los blancos, de “ojos verdes y barbas de azafrán”:

*“Stalin, Capitán,
a quien Changó proteja y a quien resguarde Ochún
A tu lado, cantando, los hombres libres van:
el chino, que respira con pulmón de volcán,
el negro, de ojos blancos y barbas de betún,
el blanco, de ojos verdes y barbas de azafrán.
Stalin, Capitán”.*

Sin salir de la isla caribeña, traemos a colación una estrofa del poema *Nocturno y elegía*, que da título al libro de Emilio Ballagas, publicado en 1938; estrofa que va dirigida a un amor ingrato, del que huye el poeta, yendo del azafrán, quizás la vida, al lirio, tal vez la muerte, aunque siempre con la esperanza de que cuando muera, la ingrata le lllore o le recuerde:

<i>“Si pregunta por mí dale estos ojos, estas grises palabras, estos dedos; y la gota de sangre en el pañuelo. Dile que me he perdido, que me he vuelto</i>	<i>una oscura perdiz, un falso anillo a una orilla de juncos olvidados: dile que voy del azafrán al lirio.”</i>
---	---

Otro poeta sudamericano que acomoda el azafrán en su escenografía poética es el chileno Roque Esteban Scarpa, fallecido en 1995. Unos versos del poema titulado “*Elegía Romántica*”, de ecos inequívocamente modernistas, de naturaleza intimista, viene a corroborar lo que decimos:

*“Mi luz, la sombra aún vista de figuras de fuego,
pero no sueñes alboradas de gaviotas,
no pienses en el caliente rumor
de un jardín de azafrán que ha encendido la tarde.
Sólo existe para siempre un amor que nos hiere”.*

Chilena es también, aunque de una generación más joven que Esteban Scarpa, Carmen Rosales, autora de *El laberinto de Arianna*, un largo poema que ante todo es una obsesiva búsqueda del amado, en el que también esta presente el aroma del azafrán:

*“... donde descansen tus armas y escondas tus señales
uniendo mi sur y tu norte sin que nada los desligue,
y aún espero tu llamada,
aún espero que unas tu desierto con el mar
que encierra mi bahía,
tu llamado embriagado de azafrán, que sabe a sal cálida y morena, ...”.*

También la poeta colombiana, de madre mexicana y padre sudafricano, Bella Clara Ventura, en su poema *Vida en soledad*, convierte al azafrán en un elemento más de su paisaje poético panteísta, en el que se funden naturaleza e intimidad:

*“En pugna se mecen
mis sentimientos.
Abortan el aire de la herida
en la masa fresca.
Retornan los azafranes
con el color del sol.
Un resquicio de luna chata
amortigua
los pies descalzos.
Entran en sintonía
las plegarias*

*en un afán de unión
con el Cosmos.
Hacen su arribo
con trapos viejos
mientras
yo me visto de atardeceres
en el ocaso del engaño.
Resucito
en flores muertas
bebiendo su propia sed
en vida de soledad”.*

Como ornato suntuoso el azafrán se encarna en la poesía de Federico García Lorca; concretamente, en su libro más famoso: el *Romancero gitano*. Acontece en uno de los romances que componen esta obra, el poema *La monja gitana*, donde podemos contemplar cómo una esposa de Cristo, de raza gitana, en silencio, como hacían las niñas del Tajo en la poesía de Garcilaso, borda azafranes en el mantel de la misa:

*“Silencio de cal y mirto.
Malvas en las hierbas finas.
La monja borda alhelíes
sobre una tela pajiza.
Vuelan en la araña gris
siete pájaros del prisma.
La iglesia gruñe a lo lejos
como un oso panza arriba.*

*¡Qué bien borda! ¡Con qué gracia!
Sobre la tela pajiza
ella quisiera bordar
flores de su fantasía.
¡Qué girasol! ¡Qué magnolia
de lentejuelas y cintas!
¡Qué azafranes y qué lunas
en el mantel de la misa”.*

En otro romance, *Burla de don Pedro a caballo*, el azafrán se tiñe, como otros muchos elementos de la poesía del granadino, de ciertos valores negativos, al unirse, en este caso, con dos figuras obsesivas de la poesía lorquiana: el destino trágico y la muerte:

*“Por el camino llano
dos mujeres y un viejo
con velones de plata
van al cementerio.*

*Entre los azafranes
han encontrado muerto
el sombrío caballo
de Don Pedro”.*

Asimismo, en otro romance, dedicado al arcángel “*San Miguel*”, encontramos al obispo de Manila que participa en una romería a la que asiste gente de lo más vario-pinta y extraña; un obispo, extraño y misterioso personaje, del que destaca el poeta su aspecto: “*ciego de azafrán y pobre*”:

*“El mar baila por la playa,
un poema de balcones.
Las villas de la luna
pierden juncos, ganan voces.
Vienen manolas comiendo
semillas de girasoles,
los culos grandes y ocultos
como planetas de cobre.*

*Vienen altos caballeros
y damas de triste porte,
morenas por la nostalgia
de un ayer de ruiseñores.
Y el obispo de Manila,
ciego de azafrán y pobre,
dice misa con dos filos
para mujeres y hombres”.*

De nuevo el azafrán está presente en otro libro lorquiano, más tardío que el anterior, insertado en un ambiente plenamente surrealista, aunque el del *Romancero gitano* también lo fuese en muchas ocasiones. Ahora el aroma azafranero se extiende por la monstruosa ciudad de Nueva York, sitiada por la más terrible crisis económica. Lo que decimos sucede en *Poeta en Nueva York*, en medio de un paisaje de pesadilla e inquietud, en el interior del tejido de la deshumanizada ciudad de los rascacielos, donde asistimos a un macabro ritual en el que:

*“Las rosas huían por los filos
de las últimas curvas del aire
y en los montones de azafrán
los niños machacaban pequeñas ardillas
con un rubor de frenesí manchado”.*

Conectada al mundo surrealista, la especia más cara del mundo cobra presencia en varios poemas del poeta de las tres heridas: Miguel Hernández. Tal es el caso de *Mi sangre es un camino*:

*“Mujer, mira una sangre,
mira una blusa de azafrán en celo,
mira un capote líquido ciñéndose a mis huesos
como descomunales serpientes que me oprimen
acarreando angustia por mis venas”.*

O en *Sino sangriento*, donde el azafrán se muestra pertrechado con una descomunal fuerza cósmica:

*“Cayó una pincelada
de ensangrentado pie sobre mi vida,
cayó un planeta de azafrán en celo,
cayó una nube roja enfurecida,
cayó un mar malherido, cayó un cielo”.*

Por último, dentro de la poesía del perito en lunas, encontramos el aroma del azafrán en el *Cancionero y romancero de ausencias*, mezclado con otros elementos que forman parte de una esplendorosa cornucopia frutal, emparentada con las distintas partes del cuerpo de la amada:

*“Uvas, granadas, dátiles,
doradas, rojas, rojos,
hierbabuena del alma,
azafrán de los poros.
Uvas como tu frente,
uvas como tus ojos.
Granadas con la herida
de tu florido asombro,
dátiles con tu esbelta*

*ternura sin retorno,
azafrán, hierbabuena
llueve a grandes chorros
sobre la mesa pobre,
gastada, del otoño,
muerto que te derramas,
muerto que yo conozco,
muerto frutal, caído
con octubre en los hombros”.*

A la estética surrealista pertenecen varios poemas de Pablo Neruda que usan como motivo el azafrán, no en vano la citada corriente seduciría al poeta chileno, allá por los años veinte del siglo pasado. Aparece en poemas que también invitan al compromiso. Uno de ellos es de *Residencia en la tierra*; es el titulado *Entierro en el este*, y en él también percibimos el aroma poético del azafrán:

*“Yo trabajo de noche, rodeado de ciudad,
de pescadores, de alfareros, de difuntos quemados
con azafrán y frutas, envueltos en muselina escarlata:
bajo mi balcón esos muertos terribles
pasan sonando cadenas y flautas de cobre,
estridentes y finas y lúgubres silban
entre el color de las pesadas flores envenenadas
y el grito de los cenicientos danzarines
y el creciente y monótono de los tamtam
y el humo de las maderas que arden y huelen”.*

Ya casi en nuestros días, en la poesía más reciente, comprobamos cómo se intensifica el aroma azafranero. Sucede en la poesía del cordobés, Antonio Rodríguez Jiménez, cuando, en uno de sus poemas, contempla un zoco, situado en una plaza de Marrakech, en Marruecos. Será en ese espacio prodigioso donde hallemos a un viejo con los ojos ciegos de cannabis que vende hierbas mágicas en medio de un morboso caos:

*“Allí las alfombras volaban, los alacranes se retorcían inquietos y atrapados en
tarros de cristal junto a los azafranes, mirras, cuarzos y líquidos vendidos como
elixires exquisitos para atrapar las voluntades en lámparas de bronce y en perfu-
madores de nácar”.*

Coterránea de Rodríguez Jiménez es Rosa Díaz, poeta sevillana, cultivadora también del periodismo. Se trata de una mujer que ha recopilado hace solo unos años, en su libro *La palabra vivida*, toda su poesía. Uno de sus poemas alude al azafrán, como especia, cuyo aroma invita a la nostalgia del paraíso de la infancia. Se titula de forma gastronómica: *Arroz con gambas*. Y en él el aroma poético resulta inconfundible:

*“Ese olor que ahora mismo
entra por la ventana,
exactamente era el olor que había
en la antecocina de la casa
los días que la abuela
guisaba arroz con gambas.
No sé si era el laurel
o el azafrán en rama
o el sofrito amoroso*

*que sin prisa majaba
el mortero. No sé
pero es una punzada
este olor, paraíso
perdido que me habla
como habla el membrillo,
la canela y, en el mes
de los muertos, las castañas”.*

Blanca Andreu fue una voz joven que revolucionó el panorama poético de los años ochenta del siglo pasado cuando irrumpió en él. Uno de los poemas de esta poeta gallega, amante del surrealismo, se titula *“En la India (Loto)”*. Y en él, el azafrán posee voz propia:

*“—¿Quién eres tú, misteriosa
paloma vegetal de las aguas
perfumada estrella viviente?
—Cuando alza el azafrán como un monarca
su morada corona
y hace brillar su pistilo escarlata
del color de unos labios diciendo: “cosechadme”.*

Otra mujer, también de la poesía moderna, pero ferviente admiradora de los poetas de la Antigüedad grecorromana, la andaluza Aurora Luque, construye un poema de *inconfundible sabor classicista, como atestigua ya su virgiliano título: “A modo de geórgica”*. Y en él concita al azafrán:

*“Qué veladuras húmedas se abrazan a la luz.
Cambian de voz el río y el silencio,
los barrancos desnudos, los grillos indecisos:
una promesa tenue de letargos
en ánimas y ecos. Y los frutos intentan
abrigarse a sí mismos con máscaras solares:
pistilos de azafrán, maíz, membrillos.
Fermenta, se acrisola
la savia de la tierra en los frutos tendidos
en oscuras despensas. Ese fuego precario
de almendras y de pan se ramifica
por las calles más grises”.*



La especia también llega hasta la letra de algunos textos de los cantautores contemporáneos; que ni que decir tiene son valiosos y verdaderos textos poéticos. Así, por ejemplo, el popular Joaquín Sabina canta “*Yo también sé jugarme la boca*”, canción en la que el azafrán conlleva un colorido de connotaciones paradisíacas:

*“Compartimos la misma toalla,
distintos sudores,
todavía quedan islas con playas
color azafrán.*

*Fui su medio limón, su chérie,
su peor latin lover,
su lección de español, su desliz,
su comme ci, su comme ça”.*

5. Aromas del terruño

Y, por último, para terminar esta diacronía poética del aroma del azafrán, nos referiremos a los poetas del terruño, a esos que cantaron y se inspiraron en esta tierra nuestra, a orillas del río Jiloca. De aromas de rosas tratan los poetas del Monreal del campo: José María Catalán de Ocón y su hija Clotilde, la Hija del Gabriel; Lucas A. Yuste Moreno, Ana Fuertes y Vicente Benedicto Hernández. Este último, por ejemplo, recrea y rememora, en unos versos, su experiencia azafranera de la infancia, aquel verdadero milagro que acontecía, en su vida, cada mañana de otoño en la que nacía esa rosa del azafrán, de cárdena dulzura:

*“Y, toda la campiña, sueña.../exhala fortuna pensando que mañana/otra rosa
como tú verá la luz/y un nuevo arco iris de sonrisas/coronará la nueva aurora”.*

Por su parte, Ana Fuertes, en Abandono la tierra, habla del camino a Ítaca, ese que todos, como el astuto Ulises, hemos realizado alguna vez y que también está poblado de azafranes:

*“El camino a Ítaca ha empezado.
En él voy encontrándome palabras,
Azafranes, espejos y miradas”.*

Hasta el cierzo, el viejo aquilón, contiene una marca de azafrán que contagia e impregna todo aquello que toca en la Comarca del Jiloca. Es el mismo viento frío que protagoniza el inicio de la contemporánea novela de Pacomio Sebastián, *Cuando las lágrimas se helaban en Teruel*, ambientada en la guerra civil:

“Era el cierzo frío, aullador de colinas y cementerios que se refugiaba en el campanario de las ermitas batiendo impiadosamente sus bronces, el mismo cierzo que hinchaba los pechos aragoneses y encendía sus rostros impregnándoles para siempre su huella azafranada”.

Cierzos y azafranes forman parte de la inquietante y misteriosa iconografía de las canciones populares, llamadas así por haber sido inventadas e interpretadas por el pueblo, una casta que se mueve en el contexto de una economía agraria en la que el azafrán constituye un medio de subsistencia vital. Sirva de testimonio de lo que decimos esta jota:

*“Cuando más goza un baturro
es cuando mata el cochino,
la remolacha bien cara
y si el zafrán ha subido”.*

Y es que muchas son las coplas dedicadas al azafrán, o al “zafrán”, como por aquí se dice o se decía, que se cantan en la Comarca del Jiloca. Algunas las ha recogido Rosa Pellicer. Y emparentan naturaleza y mujer; como la que sigue:

*“La rosa del azafrán
florece una vez al año
y tú siempre estás florida
en invierno y en verano”*

O como esta otra:

*“La rosa del azafrán
si no se coge se pasa.
Así te pasará a ti
Si tus padres no te casan”.*

En otras ocasiones, “coger el azafrán” adquiere ciertas connotaciones eróticas:

*“Cuando vas de mañanita
a coger el azafrán,
quisiera ser la rosada
para poderte besar”.*

Y todavía es más hermosa la jota que cantan desde hace más de un siglo en Cella, la jota de las “esbrinadoras”, dedicada a aquellas mujeres que llegaban cada año desde diferentes lugares –Sierra de Albarracín, pueblos de Castilla...– a los pueblos del Jiloca en los que se cultivaba la rosa del azafrán. Llegaban como jornaleras, para ayudar en los trabajos de la recolección y del “esbrine” o monda de la rosa. Es una jota impregnada de alto sentimiento:

*“Moza que de mañana
Y muy temprano,
Vas a coger la rosa
Y el viento frío
Hiela tus manos,
Que las esbrinadoras
De Cella entonan
Este cantar.*

*Con aroma de las flores,
Con aroma de las flores,
Que se cría el azafrán,
Perfumarán los altares*

*De la Virgen del Pilar,
De la Virgen del Pilar,
Con aroma de las flores.*

*El que tenga una viña
Junto a un azafrán
No necesita cesta
Para vendimiar,
Que las esbrinadoras
Cuando al campo van,
De racimo en racimo
Las vendimiarán.*

Y es famosa, asimismo, la jota que tanto cautiva a los habitantes de Monreal del Campo:

*“Hay una flor en el campo
que le hace brillar el alba.
Cinco galanes la cogen,
se la llevan a su casa.
La ponen sobre una mesa;*

*entre ellos la despedazan.
La queman a fuego lento
y la dama ya descansa.
Se la llevan a las Indias
para remedio de España”.*

Un poeta de Griegos, en la provincia de Teruel, Gregorio A. Gómez Domingo, en su libro *Un lugar para el amor*, publicado en 2002, también da cabida al azafrán. Lo hace en dos romances. Uno titulado “La muerte del jotero”, una elegía por Peribáñez, mítico jotero de Monreal, por el que lloran las cuerdas de la guitarra, las hojas de los chopos y la campana gorda de la torre del pueblo natal de este personaje tan singular. Un poema en el que las viejas se santiguan, las mañan se ponen luto, los pájaros guardan silencio y en el que el poeta manda:

*“Que las flores del zafrán
vistan color de tormento
y el Jiloca –flor y azúcar–
en Cella desde su lecho
lleve sus aguas amargas
por las lágrimas del suelo”.*

Los aromas líricos del azafrán

Del mismo modo que, en otro romance, titulado Calamocha, Gregorio A. piropea a esta villa en la que:

*“Morada flor de azafrán
que abrió al rocío su boca,
tempranera levantó
la que ayer se fue de ronda...”*.

Del azafrán habla Benedicto Lorenzo, natural de Blancas, componente del famoso grupo de poetas zaragozanos del Niké, artistas que destacaron en los años cincuenta. Para Lorenzo los campos son un mar de flores violeta en la fría madrugada que deben domarlo las mozas. Después el “desbrine”, en una mesa en la que los silencios y los diálogos sabiamente se entremezclan. Y por la tarde, tras montones de rojos brines, salen las esbrinadoras al baile:

*“Se despiertan las guitarras,
se desperezan las piernas
y en un singular instante
el ámbito se hace fiesta”*.



Por su parte, otro poeta del terruño, natural de Caminreal, Adelino Gómez Latorre canta coplas recogidas en un apéndice de su libro *Nuevas estampas baturras*, obra de 1973. En una dice:

*“Ya se han vestido de rosa
las calles de Caminreal.
Son las mocicas que vienen
de coger el azafrán”.*

Bibliografía

BELTRÁN, Antonio (1990): *Costumbres aragonesas*, León, Editorial Everest, S.A., (1990).

ESTEBAN REDONDO, Cecilia M^a (2004): “Esbrinadoras, medieros y onceras: un aspecto del pasado del azafrán” en Cuadernos del Baile San Roque, 17, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca.

PELLICER LÓPEZ, Clara (2006): “Tradición oral relacionada con el azafrán en la Comarca del Jiloca” en Cuadernos del Baile de San Roque Etnología, núm. 19, Calamocha, Centro de Estudios del Jiloca, pp. 89-108.

RUBIO TERRADO, Pascual (1997): *El azafrán y la Comarca del Jiloca*, Zaragoza, Centro de Estudios del Jiloca.

Además de las referidas, todas las obras de literatura de las que hemos extraído los textos, orales y escritos, mencionados a lo largo de este trabajo y que pueden consultarse en diferentes ediciones, que, aunque con presenten variantes entre sí, siempre encontraremos la correspondiente alusión al azafrán como tema o motivo literario.

